

LA FRONTERA ORIENTAL DE QUITO HASTA 1600 ¹

Jesús Paniagua Pérez
Universidad de León

Hablar del Oriente Ecuatoriano es hablar del Amazonas, tierra inhóspita y tan difícil de penetrar que los propios Incas habían fracasado. Fue, sin lugar a dudas, la región americana que peor iban a conocer los Europeos. Frontera infranqueable, de ahí que los mitos jueguen allí un importante papel: El Dorado, las Amazonas, el Gran Paititi, etc.

En torno a 1600 aún quedaban muchos territorios del Nuevo Mundo por ocupar. Frente a una presencia hispana bastante bien organizada en México, los Andes y la costa pacífica, se abrían grandes vacíos en América del Norte, en el istmo centroamericano y, sobre todo, en la cuenca del Amazonas, que es la que interesa en nuestro trabajo. Allí llegaba la frontera del imperio español, con pocas posibilidades de expansión ante la presencia de tribus con sistemas de organización que nada tenían que ver con la complicada burocracia hispana o con la tremenda organización de los grandes imperios americanos. Los aparentemente más débiles indios supieron defender sus territorios y su idiosincrasia mucho mejor que aquellos que se encontraban en estadios culturales más evolucionados.

La conquista del Amazonas se afrontó desde muchos puntos: desde Venezuela y Santa Fe, desde la Guayana, desde Perú, desde Paraguay y el Río de la Plata, desde el Atlántico y, de manera muy especial, desde los territorios de la Audiencia de Quito.

Quito se había convertido desde su fundación en tierra de frontera. Sus habitantes supieron asimilarlo muy bien y responder al reto. Al Oriente se abrían las inmensas tierras amazónicas, presumiblemente ricas, pero a la vez inaccesibles, o cuando menos, muy peligrosas. Los mitos de las riquezas y las leyendas que ellas generan atraen a los blancos, pero a la vez los masacran y los hacen retroceder al punto de partida. Así, ni el indio ni la geografía se dejaron vencer con facilidad; pero tampoco el blanco se arrendó ante los peligros y albergó siempre la esperanza de poder mover aquella frontera hasta el Atlántico. En las tierras del Pichincha, cada uno reaccionó a su manera: las autoridades intentando hacer efectivo el dominio de la Casa de Austria o la de Borbón; la Iglesia luchando por atraer a la “verdadera fe” a todos aquellos potenciales cristianos; los ciudadanos intentando adquirir mano de obra, tierras y riquezas que colmasen sus expectativas.

¹ Acerca de los problemas sobre la penetración en la Amazonia en el siglo XVI resultan de sumo interés las obras de J. RUMAZO, *La región amazónica del Ecuador en el siglo XVI*, Sevilla, 1946; J.M. VARGAS, *Historia del Ecuador. Siglo XVI*, Quito, 1977.

Los móviles

En torno a 1600 el asentamiento español en los territorios quiteños es bastante efectivo en lo que a la sierra de los Andes y la costa del Pacífico se refiere; sin embargo, al Oriente, en las tierras de la Cuenca Amazónica, las cosas no habían resultado fáciles. Se establece allí una frontera cuya existencia es tan endeble que parte de los esfuerzos de la Audiencia se van a gastar en ella. Es también en torno al cambio de siglo cuando el Amazonas vuelve a ejercer una atracción casi enfermiza sobre muchos europeos, no sólo españoles. El mito y la realidad, que nunca habían muerto, vuelven a resurgir con fuerza. Berrio y Raleigh pensaron en encontrar la ciudad de Monoa en el Orinoco; Daniel de le Touche llega a levantar el fuerte de San Luis a la entrada del Amazonas, pero los portugueses buscan y defienden lo que consideran sus territorios frente a esa intromisión de los franceses. Incluso un hombre de la categoría de Tirso de Molina elucubra con la presencia de las Amazonas en aquellas latitudes y su llegada desde los míticos lugares clásicos.

Pero hay unos móviles que provocan toda aquella fiebre amazónica de las décadas que jalonan el 1600. Algunos de aquellos mitos son viejos, otros presentaron mayores novedades, aunque no podamos decir que sean nuevos, puesto que ya los hemos visto de una forma u otra desde que los españoles se hicieron presentes en su afán por ampliar las fronteras.

Ha decaído, aunque no del todo, el mito de descubrir el País de la Canela. Aquella especia asiática había sido uno de los móviles iniciales de la penetración hacia Oriente desde Quito, y buen ejemplo de ello son las expediciones de que luego hablaremos, especialmente las de Díaz de Pineda y Gonzalo Pizarro. Es cierto que se encontraron algunos árboles de la buscada especia, pero ni la cantidad ni la calidad tenían nada que ver con la que los portugueses traían a Europa desde Ceilán.

Un móvil que seguía mucho más vivo era el de encontrar el mítico Dorado. La leyenda de este lugar se movía de un extremo a otro de Sudamérica, casi siempre poniéndolo al otro lado de los Andes, hacia Oriente. El origen está en una historia que se le cuenta a Belalcázar en Quito, por un lado, sobre un hombre que se vestía con polvo de oro, y en la Nueva Granada de Jiménez de Quesada, por otro, se revitalizará con la pretendida existencia de casas de oro en varios lugares, entre ellos Tunja -la Hunza prehispanica-. No vamos a explayarnos con el desarrollo del mito que tantas vidas costó a los españoles y los indios, pero sí decir que, en pleno siglo XVII seguía vivo y su existencia se ubicaba, de manera muy especial, aunque no única, al oriente de Quito, llegándose incluso a mezclar la existencia del Marañón con la de El Dorado.

Un nuevo mito había brotado de los anteriores: el de las Amazonas. Aquellas mujeres belicosas de la antigüedad clásica que revivían en América. Orellana había recibido informes de ellas y de su reina Coñori. Y comenzó toda una experiencia de búsqueda de aquellas mujeres hermosas que habitaban en un país plagado de riquezas.

Otro móvil esencial en el intento de desarrollar la frontera oriental de Quito fue la búsqueda del Mar del Norte. La vinculación con el Atlántico era una obsesión de los españoles de las tierras andinas, que después de la fracasada "búsqueda del paso" tenían como única posibilidad de conexión el istmo de Panamá o la más difícil vía del estrecho de Magallanes. Muchos esfuerzos se van a gastar todavía en torno a 1600 en la búsqueda de esa conexión que a la larga resultó inviable y en la que el Amazonas podría haber jugado un gran papel si no se hubiese demostrado su impenetrabilidad. Relacionado con este punto estaba el intento de frenar la expansión portuguesa desde

oriente, que ya se veía casi como inevitable y, de hecho, son los portugueses los que van a evitar que otras potencias se interesen por el Amazonas hacia las míticas tierras occidentales del río.

En 1600 el mito para muchos había muerto y el inescrutable Dorado había sido sustituido por la riqueza aurífera de las tierras orientales de Quito. Pero para minas y lavaderos de oro se necesitaba una mano de obra casi imposible de conseguir en las cantidades que era menester, porque los indios no se avenían a una convivencia de dominados con los españoles. Aún así, la riqueza minera del Oriente ecuatoriano ayudó a mantener una endeble frontera, como manifiesta Lope de Atienza respecto de Yagurzongo en su *Relación de la ciudad y obispado de San Francisco*, de 1583². Las pretensiones eran la obtención de encomiendas de indios para las labores citadas, encomiendas que en muchos casos funcionaron sólo sobre el papel o que no dieron los resultados apetecidos y, por ello, son continuas las quejas en que se ponen de manifiesto las riquezas en metales preciosos que no se pueden explotar por falta de mano de obra. Y también en este punto entra el mito, unido a veces al de El Dorado, en que se decía que hacia oriente había tierras con importantes contingentes humanos que podían encomendarse.

Pero el Oriente ecuatoriano sirvió también a lo largo de todo el siglo XVI para desgastar las fuerzas de aquellos más belicosos y aventureros, ávidos de una riqueza fácil que sólo en contadas ocasiones existió. Muchos gobernantes conseguían mantener relativamente pacificado el virreinato de Perú haciendo que sus hombres se embarcasen en aventuras conquistadoras de mundos míticos donde la abundancia superaba toda previsión. El propio Pizarro dio ejemplos de ello, lo mismo que los gobernantes sucesivos, que de esta forma daban salida a quienes no tenían oficio ni beneficio y deambulaban por la ciudades del virreinato o de la Audiencia quiteña. Quizá el virrey Toledo fue el menos dado a tener en consideración aquellas aventuras que se sabían sin futuro y, por ello, no apoyó las pretensiones de Salinas de Loyola cuando éste quería buscar un rico reino en las tierras del sur del Marañón³. En ocasiones los mitos servían para contrarrestar la posible influencia que podían conseguir determinados conquistadores, así Pizarro encargó la búsqueda del País de la Canela a Díaz de Pineda para paliar de alguna forma el prestigio que estaba alcanzando Belalcázar⁴.

El ideal de cristianización de aquellos pueblos seguía siendo vital en aquellas latitudes, Quizá con una importancia mucho mayor que en otros lugares. Dominicos, mercedarios, franciscanos y jesuitas se repartían aquellos territorios de misión, pero sobre todo los últimos, que a su llegada se habían encontrado el espacio ecuatoriano de la sierra y la costa ocupado casi en su totalidad por las ordenes mendicantes y el renaciente clero secular. Sin embargo, las buenas intenciones de los religiosos se veían traicionadas a menudo por el ansia depredadora de conquistadores y colonizadores. En casi todos los territorios era la religión cristiana la que conseguía ir ampliando, aunque lentamente, la frontera.

² En esta Relación, Atienza manifiesta que, si no fuese por la minas, en aquellos pueblos no habitaría ningún español. P. PONCE LEIVA (ed.), *Relaciones Histórico Geográficas de la Audiencia de Quito*. S. XVI-XIX, Madrid, 1991, p. 469.

³ J. GIL, *Mitos y Utopías del Descubrimiento. El Dorado*, Madrid, 1989, p. 221.

⁴ *Ibidem*, p. 197.

Ahora bien, los móviles de la conquista no se daban en cada momento y en cada conquistador de una forma aislada. En la mayoría de los casos se entremezclaban unos y otros, de acuerdo con los intereses de los expedicionarios. Ya el propio Belalcázar había manifestado al Emperador en una carta que quería hacer la jornada de El Dorado y de la Canela para llegar al mar del Norte ⁵. Se mezclaban así, desde los propios intereses crematísticos, hasta los de tipo estratégico y geográfico.

El desarrollo de la frontera oriental de Quito

La primera expedición al oriente ecuatoriano la protagonizó Alonso de Mercadillo, diez años antes de fundar Loja, en 1538. Este hombre, pasando grandes penalidades, llegaría a Machifaro ⁶. Pero una penetración efectiva no se haría hasta después de fundada la ciudad de Quito, hecho que tuvo lugar el 6 de diciembre de 1534. Allí estaba el asturiano Gonzalo Díaz de Pineda que, en 1536, era elegido alcalde de la ciudad, situación en la que duró poco tiempo, pues Belalcázar le quitó la vara de mando y le mandó encarcelar. Posteriormente, Pizarro le nombra en 1538 teniente gobernador de Quito. Desde allí entraría a los Yumbos y, a su regreso, comenzó a preparar su expedición al País de la Canela, del que los españoles tenían noticias desde su llegada a Cajamarca. Salía así la primera expedición a finales de 1539. Siguió la ruta de Cumbayá, Tumbaco, Guamaní y Papallacta hasta Hatunquiyo. De allí, tras algunas refriegas con los indios, pasaron a Cosanga desde donde buscaron sin éxito la tierra de los Canelos. Se organizó una segunda expedición que hubo de retrasarse por cuestiones internas de la propia Audiencia y siguiendo esta vez el camino por Pasto y Tuza.

Al norte, la penetración por Mocoa y Sucumbios se debe también a aquellos primeros intentos de Pineda en 1536. Pero la exploración más concreta de estas provincias tuvo lugar durante el virreinato de Hurtado de Mendoza, en 1557, por Francisco Pérez de Quesada, que fundó la ciudad de Mocoa, desde donde se comenzaron a explotar los ríos auríferos a la vez que se fundaron otras ciudades como Ecija y San Miguel de Sucumbios, aunque un levantamiento indígena de los cofanes dio al traste con la presencia española, en 1582.

Pero volvamos a las tierras más al sur. El año de 1539 Francisco Pizarro nombró gobernador de Quito a su hermano Gonzalo, que se sintió atraído también por el País de la Canela, para lo cual contó con el apoyo y experiencia de Díaz de Pineda. Salieron en 1541 con más de 220 españoles, 4000 indios, 2000 cerdos, llamas y perros. La selva les esperaba y sólo encontraron canelos aislados, pero no el rico bosque que esperaban. Fracasados en sus intentos, se fueron hasta los Omaguas, junto al Napo y el Coca, que eran migrantes llegados allí de habla tupi-guaraní. Desde esos lugares Pizarro mandó a Orellana que iniciase una exploración más al interior; se inicia entonces su conocida aventura de descenso por el Amazonas, ubicando en aquellas tierras el rico reino dominado por estas míticas mujeres que dieron nombre al curso fluvial más caudaloso

⁵ J. RUMAZO, op. cit., p. 25.

⁶...Esta entrada la relata P. CIEZA DE LEON en *Las Guerras Civiles del Perú. Obras Completas* II, Madrid, 1984, pp. 133-135.

del planeta⁷. Como no regresaba, Pizarro envió en su busca a Alonso de Mercadillo, que debió recordar ahora su primera expedición, en la que los suyos también se sublevaron, aunque para regresar sobre sus pasos, mientras que Orellana había seguido hacia adelante⁸. Gonzalo Pizarro, fracasado, regresó a la capital, por donde ya había pasado como nuevo gobernador don Cristóbal Vaca de Castro tras la muerte de Francisco Pizarro a manos de los almagristas. Entre tanto, Orellana había bajado por el Napo hasta el Marañón, que desde allí se convertiría en el río de las Amazonas.

Francisco de Orellana regresó a España y capituló la conquista de la Nueva Andalucía. Además de las concesiones y compromisos típicos de una capitulación, a Orellana se le imponía el no fundar ni poblar donde se perjudicase a los indios, no hacerles la guerra ni tomarles nada si no era comprado⁹. Se inicia así una exploración en 1545 que fue un fracaso y que le costó la vida al propio descubridor.

En la sublevación de Gonzalo Pizarro, tras su victoria en la batalla de Añaquito, encargó a Mercadillo para que fundase una ciudad con el nombre de La Zarza, en tierra de los Paltas¹⁰. Mercadillo y los habitantes de la nueva ciudad se pasaron luego al bando real que lideraba don Pedro de La Gasca. Después de finalizada la guerra contra don Gonzalo regresó a su territorio y trasladó la ciudad a otro lugar con clima más conveniente y con el nombre de Loja. Desde allí surgieron nuevas poblaciones, de las que la más importante hacia el oriente fue la de Zamora, que recibió tal nombre porque su fundación se debió al zamorano Hernando de Benavente. La riqueza aurífera de Zamora atrajo en un principio a muchos españoles, pero a finales del XVI prácticamente sus minas ya no producían casi nada.

El marqués de Cañete, más tarde, había encargado a Gil Ramírez Dávalos la fundación de Cuenca y de un pueblo en la provincia de la Canela. En 1559 al tal Dávalos se le nombraba gobernador de los Quijos, que era tierra todavía no conquistada. Se inició así, ese mismo año, una expedición pacífica liderada por el propio gobernador¹¹, al que acompañaban 39 españoles y 200 indios, a los que se añadieron posteriormente refuerzos llegados con Rodrigo Núñez de Bonilla¹². La empresa estaba organizada de forma oficial y se sabía que no se iban a encontrar grandes riquezas, porque, en realidad, la pretensión de muchos era obtener indios en encomienda. En el valle de Cosanga se iba a hacer la primera fundación, Baeza, que pudo haber sido el inicio de la colonización del oriente ecuatoriano. Sin embargo, como solía suceder en muchas de estas expediciones, las disensiones no tardaron en manifestarse y Núñez de Bonilla reclamó aquel gobierno ante las autoridades

⁷ De este viaje nos da cumplida cuenta, por haber participado en él, el dominico fray GASPAR DE CARVAJAL, *Descubrimiento del Río de las Amazonas*, Sevilla, 1894.

⁸ G. CEVALLOS GARCIA, *Obras Completas V. Quito punto de llegada y punto de partida*, Quito, 1988, p. 245.

⁹ La capitulación de Orellana esta transcrita en la col. L. TORRES MENDOZA, *CODOIN VII*, Madrid, 1867.

¹⁰ P. CIEZA DE LEON, op. cit., p. 506.

¹¹ J.M. VARGAS, op. cit., pp. 139-140. En estas páginas reproduce el autor parte de la probanza de méritos de Gil Ramírez Dávalos.

¹² Sobre este hombre y de sus andanzas en Quito, así como de las encomiendas que poseía puede verse J. ORTIZ DE LA TABLA, *Los encomenderos de Quito. 1534-1660. Origen y evolución de una élite colonial*, Sevilla, 1993, pp. 235-240.

superiores, alegando los derechos que le correspondían. La Audiencia de Lima falló a su favor y de esa manera salió de la escena Ramírez Dávalos, hombre mucho más prudente y comprensivo que su sucesor. El nuevo gobernador, cuyo mandato duró hasta su muerte en Quito en 1560, en unión con Alonso de Bastidas reubicaron de nuevo la ciudad de Baeza.

En 1561 se nombra para el cargo de gobernador de aquellos territorios a Melchor Vázquez Dávila, en cuyo tiempo se pretendió consolidar y extender la conquista de Oriente, incluso se le amplió el territorio bajo su jurisdicción, pues frente a las 200 leguas en latitud y longitud que se habían dado a Núñez de Bonilla, a él se le ampliaron en otras 100 leguas en ambos sentidos. Vázquez Dávila, casi siempre ausente, dejó el gobierno en manos de los capitanes Contero y Marín, que ayudados por Bastidas, como ya dijimos, aumentaron y consolidaron el territorio. En 1563 Contero funda Avila de los Cofanes y Alcalá del Río. Ese mismo año se fundaron Archidona y Nuestra Señora del Rosario de los Macas. Quedaban abiertas de esta forma, con toda una línea de ciudades, las puertas de penetración en las míticas tierras de El Dorado y del Marañón.

En 1540 Pedro de Villar había fundado un asiento hacia el interior, en la ribera del Upano, que se iba a convertir en la ciudad de Sevilla del Oro, de la que Juan de Velasco dice -probablemente de forma demasiado exagerada- que tenía treinta lavaderos de oro y 25.000 habitantes.

Pero la paz no iba a durar mucho en aquellos territorios de los Quijos y los Macas. En 1568, ya existe el problema tácito de levantamientos, puesto que ni los encomenderos, ni los sacerdotes, ni el gobernador Vázquez Dávila permanecían en el territorio para ayudar a consolidar el dominio hispano. La situación era tal que, en 1575, Felipe II ordenó una visita a la provincia y la toma de residencia al gobernador. El encargado de tal menester fue Diego de Ortigón que, viendo los abusos de los encomenderos, les castigó con serias multas; aunque lejos de acabar con los abusos sobre los indios, los aumentó, ya que los citados encomenderos, para pagarlas, les hicieron trabajar más, sobre todo en los hilados y tejidos.

La sublevación no se hizo esperar y encontró dos líderes: Beto, vecino de Archidona, y Guami, de Tambisa, que decidieron hacer una matanza de los españoles para alejarlos de aquellas latitudes. La rebelión se inició por Guami en Avila, donde ningún español salió con vida. En Archidona, Beto hizo algo semejante. Los habitantes de Baeza, temerosos, pidieron auxilio a la ciudad de Quito, de la que salió un pequeño ejército al mando del hijo del fundador de aquella ciudad de Baeza: Rodrigo Núñez de Bonilla. La localidad se salvó así de una inevitable matanza y se inició la persecución de los indios rebeldes, cuyos cabecillas fueron ajusticiados en Quito para ejemplo de los demás.

Pero aquello no calmó del todo las cosas. En 1580 dos mestizos se levantan en Logroño al frente de los jíbaros¹³. Dieron muerte a varios españoles e indios, pero

¹³ El término "Jíbaro" lo utilizó por primera vez Hernando de Benavente y procede de la palabra "Swar". Sobre el significado y amplitud de esta palabra es interesante ver el trabajo de A.C. TAYLOR, "la invención del Jivaro. Notas etnográficas sobre un fantasma occidental", *Antropología del Ecuador. Memorias del Primer Simposio Europeo sobre Antropología del Ecuador*, Quito, 1989, pp. 277-289.

fueron aplacados por un contingente que envió de nuevo la Audiencia desde las poblaciones de Cuenca, Loja y Zamora.

Al sur de Macas estaba la gobernación de Yaguarsongo que no se puede desligar de Loja, la ciudad fundada en 1548 por Alonso de Mercadillo y en la que participó el ya veterano hombre en América, Juan de Salinas Loyola.

La primera entrada en los Bracamoros tuvo lugar en 1536 con Juan Porcel, que fundó la efímera ciudad de Nueva Jérez, en la desembocadura del Chinchipe, ciudad que luego pasaría a llamarse Jaén. Pizarro, posteriormente, cedió aquella conquista a Pedro de Vergara, que entró por Zamora, y en el nacimiento del río Chinchipe, sin que se sepa exactamente dónde fundó la ciudad de Bilbao, que pronto desapareció pues Vergara pasó a engrosar el ejército de Vaca de Castro. Vaca mandó luego a Porcel y a Vergara a esas tierras, donde trataron de refundar las antiguas poblaciones, pero la situación era difícil, pues existían entre ellos problemas por los límites de jurisdicción de cada uno. En el gobierno de La Gasca, al que ayudaron en su guerra contra Gonzalo Pizarro los dos capitanes citados, se destituyó a Porcel y en su lugar se mandó allí, en 1548, a Diego Palomino como nuevo descubridor de los Bracamoros. Este hombre trasladó Jerez y cambió su nombre por el de Jaén, además de repoblar otros lugares fundados por Porcel, como Avila, Perico y Chirinos.

A pesar de su dependencia de Quito, esta gobernación tuvo especial interés porque fuese anexionada a Lima, ciudad con la que estaba mejor comunicada, según lo expresa el propio cabildo en 1575¹⁴.

En 1550 la exploración de la Amazonia se había suspendido hasta 1556 por una real cédula que prohibía todo descubrimiento bajo pena de muerte y pérdida de los bienes. En ese último año el virrey Mendoza reiniciaba las conquistas, pero sacando de ellas, con poca corrección, a todos los anteriores participantes¹⁵ y creando la gobernación de Yaguarsongo y Bracamoros, cuya conquista se pone en manos del veterano Salinas de Loyola.

El nuevo gobernador salió desde Loja en 1557. Fundó Valladolid en tierras de los Paltas, luego Loyola en el valle del Chinchipe¹⁶ y, por fin, Santiago de las Montañas, que trasladó luego a la desembocadura del río Santiago. Cruzó el Marañón y en Cungarapas fundó Santa María de Nieva¹⁷. Los indios le informaban continuamente de riquezas existentes por el Marañón abajo y, pasando el pongo de Manseriche, llegó a tierras de los maynas, pero su expedición no se detuvo y llegaron primero hasta el Pastaza, y luego al Ucayali, que remontó. Regresó a Loja en busca de gentes para afianzar sus conquistas, pero para entonces se había encargado a Pedro de Ursua la exploración del Marañón desde Perú. Las tierras concedidas a Salinas eran de indios

¹⁴ J. ORTIZ DE LA TABLA, M. FERNANDEZ y A. RIVERA, *Cartas de cabildos. Audiencia de Quito*, Sevilla, 1991, p. 247.

¹⁵ A Porcel, que residía en Quito, le acusó de su apoyo a la rebelión de Hernández Girón y le desterró a España, donde se probó su inocencia, pero murió antes de poder regresar a América. A Vergara le anuló las encomiendas que había dado en indios de guerra y le sacó de escena. Menos claro resulta como se prescindió de Diego de Palomino, aunque también se hizo.

¹⁶ Esta ciudad se fundó en la margen derecha del río, aunque en el siglo XVIII se trasladó corriente abajo, recibiendo el nombre de San Ignacio.

¹⁷ Los indios de Santiago y Santa María de Nieva eran de habla swar.

indómitos y las encomiendas sólo tenían efectividad sobre el papel, pues en muchas ocasiones la colaboración laboral de los habitantes autóctonos sólo se conseguía por trueques de objetos ¹⁸.

Al regreso de su viaje se había encontrado todas sus ciudades despobladas por lo que dejó a su gente en Santiago y pasó a Lima por esfuerzos, donde el virrey le entregó la gobernación de Loja, Zamora, Jaén y Piura, que disfrutó sólo entre 1559 y 1561. Para entonces se había comprendido que la conquista de la Amazonia sólo se podía hacer con apoyo en la Sierra; de hecho, las ciudades por él fundadas establecieron sus relaciones exteriores por Jaén (Santiago y Santa María) y por Loja (Valladolid y Loyola). Antes de 1569 fundó Logroño en un lugar desconocido que atacaron los jíbaros y que se despoblaría en 1583. Volvería a repoblarla y también fundaría Sevilla del Oro. Su deseo de descubrir El Dorado quedó en una quimera que conservó hasta su muerte acaecida en Loja en 1582.

La frontera oriental de Quito en torno a 1600

La cuestión oriental, por entonces, ha tomado un camino más pacífico, visto que con las armas no se conseguía casi nada. A fines del primer tercio del siglo XVII la mayor parte de las poblaciones indígenas de los territorios hasta entonces conquistados ya eran cristianas ¹⁹. De hecho, tras los informes del virrey Toledo, Felipe II, en 1573, había dado unas ordenanzas para nuevos descubrimientos y poblaciones en las que se ponía especial interés en los fines evangelizadores.

En el norte se habían perdido los gobiernos de Mocoas y Sucumbios, por lo que la Real Audiencia de Quito, fundada en 1563, trataba de recuperar aquellos territorios. Serán los jesuitas los que se interesen por la penetración en tales confines nororientales y más en concreto el superior quiteño Onofre Esteban, que encargó la evangelización de los cofanes al P. Rafael Ferrer. Este miembro de la Compañía de Jesús fundaría el lugar de San Pedro. En 1605 inició una penetración hasta el Marañón, en la que empeñó más de dos años, para regresar a Quito en 1609. Después de esta primera toma de contacto se inicia el intento de misionarlos por parte de los mismos jesuitas.

Aquel avenirse los cofanes dejaba en paz a las provincias de Mocoa y Sucumbíos, refundándose de nuevo San Miguel, como un pequeño poblado, pues casi nadie quiso asentarse en él. Funcionó como un presidio mientras el P. Ferrer y dos compañeros se mantenían entre los cofanes. Pero los indios, que veían con recelo a los españoles, no tardaron en dudar del hijo de San Ignacio, que fue martirizado en 1611. Tras su muerte aquellos territorios quedaron prácticamente abandonados ²⁰.

La penetración más importante en aquella zona, en los años posteriores a la muerte del P. Ferrer, la va a llevar a cabo Alonso de Miranda, que trataba de hacer correrías esclavistas entre los cofanes con la disculpa de proteger la ciudad de Alcalá del Río Dorado, incluso pretendió en 1619 que se le diese la gobernación del Río Marañón,

¹⁸ F. SANTOS, *Etnohistoria de la Alta Amazonía. Siglos XV-XVIII*, Quito, s.a, p. 89.

¹⁹ *Ibidem*, p. 115.

²⁰ Todo esto está relatado, incluso con algunos apuntes historiográficos por el p. J. de VELASCO, *Historia del Reino de Quito*, Caracas, 1991, pp. 405-419.

unida a un título de marqués y una renta de 20.000 ducados anuales ²¹. Afortunadamente para los indios de la zona, aquello no prosperó.

La gobernación de los Quijos siempre tuvo el problema de su gobernador, Melchor Vázquez de Avila, que -como ya habíamos dicho- nunca residió allí. Por tanto, iba a morir en Lima en 1604. Se le había dado la gobernación por dos vidas, pero su heredero directo no pudo sucederle y su nieto también abandonó este mundo poco después que el abuelo. A partir de ese momento los gobernadores de los Quijos lo serán por nombramiento real y el primero de los que se iba a elegir por el nuevo sistema sería Alonso de Miranda, que se vio elevado a la categoría de gobernador en 1608. Ocupó el cargo hasta 1614, pero prácticamente aquellos territorios habían sido abandonados por los españoles y los pocos que había veían languidecer las ciudades que quedaban de Baeza, Avila, Archidona y Sevilla del Oro -esta última, aunque en la provincia de los Macas estaba agregada a la gobernación de los Quijos-. Los encomenderos de aquellas poblaciones, por otro lado, abusaban de la población indígena, dedicándoles a tareas textiles, ya que se calcula que allí se recogían en los primeros años del siglo XVII 8.200 arrobas de algodón, se labraban 30.000 varas de lienzo y se torcían 200 libras de hilo de pita ²². De hecho, los tejidos llamados “de Macas” tenían una gran aceptación en las ciudades de la sierra de la Audiencia de Quito y no es difícil encontrar en testamentos y contratos de aprendizaje la existencia en los ajuares de camisas elaboradas con lienzos de Macas ²³.

Además de las poblaciones que hemos mencionado, renacería más tarde, en 1615, la ya mencionada Alcalá del Río Dorado. La nueva fundación se debía a Pablo Durango Delgadillo, que la elevaba en lugar de la ya desaparecida Alcalá del Río, que había sido fundada, en su día, junto al curso fluvial del Coca. La nueva Alcalá será otra vía de penetración hacia el Oriente y en su nombre queda patente cómo permanecía vivo el mito de El Dorado. Cuando se fundó, era el portugués Francisco Hernández quien hablaba de El Dorado y de la Casa del Sol. A cuenta de esta leyenda españoles y portugueses van a entrar en contacto, porque ambos buscaban los mismos lugares míticos en sentido contrario -desde Quito y desde el Atlántico-. Cierto es que por aquellos momentos la unión de las dos coronas evitaba los conflictos, además Portugal debía detener los intereses de franceses, holandeses e ingleses que pululaban en la boca del río Amazonas. A Francia, incluso, hubo que arrebatárle la isla de Maranhao con su ciudad de San Luis -que paso momentáneamente a llamarse San Felipe-, y que se convertiría en el centro de las exploraciones portuguesas en el gran río. Los peligros extranjeros serían los que decidiesen a los portugueses a ocupar de una manera efectiva aquel territorio hacia el interior, iniciándose el proceso con el viaje de Pedro Teixeira, en 1637, que remontó el curso fluvial hasta su nacimiento.

De todos modos, cuando la riqueza aurífera de los Quijos entró en entredicho, se pensó en aquellos territorios para explotar algunos productos con cierta demanda en Europa y otros lugares de América, especialmente la canela, que -como ya hemos manifestado- era de una calidad muy inferior a la de Ceilán ²⁴.

²¹ J. GIL, op. cit., p. 251.

²² P. DE VALENCIA, *Obras Completas V-I. Relaciones de Indias*, León, 1993, p. 121.

²³ J. PANIAGUA PEREZ, “Los contratos de aprendizaje de oficios en la Audiencia de Quito hacia 1600. -La ciudad de Cuenca-”, *Actas del X Congreso de AHILA*, Leipzig (en prensa).

²⁴ J. PANIAGUA PEREZ, *Introducción a la Relación de los Quijos*, en P. DE VALENCIA, op. cit., p. 104.

Para el conocimiento de la gobernación de Yaguarsongo y Bracamoros disponemos de una Relación de 1582 ²⁵. Tanto en lo referente a Santiago de las Montañas, como a Loyola, Valladolid y Santa María de las Nieves se habla de la producción de oro y de la escasez de agricultura y ganadería.

En el último decenio del siglo XVI, en 1591, el teniente de gobernador de Santiago de las Montañas, Francisco Pérez de Vivero, encargó a Carvajal una expedición contra los maynas por el peligro que estos suponían para las ciudades allí fundadas. Pero nada efectivo se consiguió y, en 1617, siendo corregidor de Yaguarsongo Diego Vaca de Vega, éste pidió hacer la conquista a su costa. Como consecuencia de sus pretensiones se le nombró gobernador, fundando en 1619 la ciudad de San Francisco de Borja. Los abusos de los españoles provocaron una sublevación en 1635, por lo que el nuevo gobernador, Vaca de la Cadena, llamó a los jesuitas de Quito para que misionaran en aquellas latitudes, donde ya había fracasado en su día el Padre Ferrer.

Los intentos de conquista del Amazonas revivirían en la tercera década del siglo XVII por parte de los gobernadores de los Quijos, aunque temporalmente esto ya queda fuera de nuestros límites.

El gran problema de este periodo en torno a 1600 es el de los jíbaros. Las causas que provocaron su descontento fue el abuso que se hizo de ellos en las encomiendas para trabajar en minas y lavaderos de oro. Su primera rebelión de importancia tuvo lugar en Santiago de las Montañas, en 1569. Pero es en 1579 cuando se inician los preámbulos de su gran sublevación; en ellos intervienen algunos mestizos que estaban descontentos por el trato que se les había dado tras su participación en las campañas de penetración. Atacaron Logroño, que fue salvada gracias a contingentes enviados de Cuenca, Loja y Zamora ²⁶. El virrey Toledo se alarmó ante tal situación y trató de acabar con los malos tratos para evitar revueltas posteriores. Puso tres corregidores, en vez de uno, para las provincias de Yaguarsongo y Bracamoros. Sin embargo, en la *Relación* de Pizarro de 1582, sólo se dice que los "indios no están domésticos" ²⁷ y que lo que produce la región es esencialmente oro, aunque ya se habla del algodón de Macas.

En 1599 se produce la que se puede denominar "gran sublevación de los jíbaros", que afectará no sólo a la región de Macas -donde las consecuencias fueron mayores-, sino a otras más al sur, pues los indios, temiendo la represión, se desplazaron a tierras de Yaguarsongo y Bracamoros, donde fueron ayudados por los naturales de aquellas latitudes, también descontentos con el comportamiento de los hispanos.

La rebelión se inició comenzando por una serie de tropelías en el sureste de la Audiencia de Quito, que llegarían a afectar a la propia ciudad de Zamora, la cual, según la *Relación* de 1582 ya había decaído incluso en su riqueza minera, afectando ello también a las antiguamente ricas explotaciones auríferas del Cerro de Nambija ²⁸. Los habitantes de esta zona, ante la sublevación jíbara, huyeron a refugiarse en Loja, Jaén y Chachapoyas. Ni el gobernador Melchor Vázquez Dávila, ni sus sucesores, ni los

²⁵ La última edición de esta *Relación* de J. PIZARRO es la de P. PONCE LEIVA, op. cit., pp. 419-431.

²⁶ F. SANTOS, op. cit., p. 218.

²⁷ P. PONCE LEIVA, op. cit. p. 431.

²⁸ *Ibíd.*, p. 434.

encomenderos se habían preocupado mucho por estar presentes en la región de los Quijos hasta 1623.

Producto de toda aquella situación bélica y de descontento fue que Logroño había desaparecido, Sevilla se había cambiado de lugar y sus cajas reales habían sido trasladadas a Loja, Valladolid y Loyola estaban prácticamente despobladas y Zamora fue abandonada temporalmente; esta ciudad, según manifiesta su propio cabildo en 1622, estaba en una precaria situación y su población seguía descendiendo ²⁹.

Hubo pues una necesidad imperiosa de conquistar a los Jíbaros, cuyas tierras seguía creyéndose que eran poseedoras de grandes riquezas, y así, en 1606, el corregidor de Cuenca Martín de Ocampo, había intentado su conquista, aunque el virrey no le favoreció, lo mismo que no apoyó la entrada de Enríquez del Castillo, que pretendía hacerlo desde Chachapoyas a cambio de la gobernación entre el Marañón y la isla Margarita. La máxima autoridad virreinal, en cambio ofreció aquellas penetraciones a Juan de Vargas Machuca, gobernador de Chachapoyas y éste envió para tal misión a Melchor Guerra Calderón. El cambio de virrey le quitó las expectativas ³⁰.

En 1623 la gobernación de Yaguarsongo se iba a repartir entre Jaén y Loja, con lo que los gobernadores de los Quijos decidían quien debía hacer las nuevas entradas en unos lugares donde se pensaba, a pesar de todo lo que había sucedido, que tanto abundaba el oro.

Todo aquel proceso de ampliación de la frontera del oriente de Quito, incluso de su difícil y a veces imposible mantenimiento, había dado lugar a una gran despoblación. Por un lado, de indios afectados por la presencia española, no sólo en su aspecto bélico, sino también, como expresa la *Relación de los Quijos* de Pedro de Valencia, que corresponde al cuestionario de 1604, porque muchos de ellos morían de viruelas, cámaras de sangre ³¹ y resfriados ³². Por otro lado, de españoles que no lograban aclimatarse ni mantenerse en una continua situación de inseguridad y de guerra, hasta el punto de que Alsedo y Herrera, en pleno siglo XVIII, todavía dice que aquellas tierras de los Quijos y Macas constituyen un gobierno “muy infeliz” ³³. Hacia 1600, como posible solución a la despoblación, se habían introducido algunos negros, aunque pocos, en algunos lugares mineros de la Audiencia, como Yaguarsongo y Bracamoros ³⁴.

En otro orden de cosas, aunque muy relacionado con lo anterior, los mitos no lograban ser desvelados y la explotación aurífera había fracasado debido a la falta de mano de obra, al agotamiento de los placeres auríferos y a las dificultades de

²⁹ J. ORTIZ DE LA TABLA (et alt.), op. cit., p. 266.

³⁰ Vid. J. GIL, op. cit., p. 244-246.

³¹ Las cámaras son flujos de vientre, producidos por infecciones bacterianas.

³² P. DE VALENCIA, op. cit., p. 123.

³³ D. DE ALSEDO Y HERRERA, *Descripción Geográfica de la Real Audiencia de Quito*, Madrid, 1915, p. 52.

³⁴ Así se puede deducir de la Relación de Arias Pacheco, en P. PONCE LEIVA, op. cit., p. 529.

comunicación entre la sierra andina y la Amazonia ³⁵. De hecho, en el último cuarto del siglo XVI en las minas de Zamora se rebajo el quinto real al décimo y lo mismo en Yaguarsongo y Bracamoros ³⁶. Frente al fracaso minero, la escasa mano de obra indígena que se avino a una convivencia con los españoles se fue incorporando a las tareas agrícolas y artesanales de la hacienda serrana y de la plantación de la costa. Como recuerdo quedo la rudimentaria villa de Macas, en la derecha del río Upano, dedicada a la subsistencia y a la recolección de algunos productos como algodón, tabaco, vainilla, etc., que se sacaban al comercio por Riobamba ³⁷. Esta pobreza condujo a unas relaciones de convivencia por la subsistencia entre jíbaros y colonos, aunque todavía en 1677 el cabildo de esa "ciudad" hablaba de la necesidad de conquistar a los citados jíbaros ³⁸.

No hay que olvidar, por último, que aquellos intentos de ampliar la frontera por parte de los españoles habían conducido a una imparable destrucción cultural, en la que incluso participaron los religiosos, quienes a pesar de su buena fe, contribuyeron al dominio político, social y económico de los españoles.

³⁵ Estas tres causas son las que consideran L. ACHIG y F. LANDIVAR, "El proceso de crecimiento urbano de Macas", *Revista del Archivo Nacional de Historia. Sección del Azuay* 7, Cuenca, 1987, pp. 48-49.

³⁶ *Relación de las minas de oro y plata que ahora se entiende hay descubiertas en este reino del Perú...*, en P: PONCE LEIVA, op. cit., pp. 488-489.

³⁷ L. ACHIG y F. LANDIVAR, op. cit., p. 50.

³⁸ J. ORTIZ DE LA TABLA (et alt.), op. cit., p. 257.